

El Cruce

Muestra gratuita · Clark Castle

Prólogo

Me gustan tres cosas.

Las tres me gustan desde antes de saber que tenían nombre.

La primera es la ciencia ficción. Me gusta porque permite hacer en serio la pregunta que casi ninguna otra literatura se atreve a hacer: ¿y si fuera así? No me gusta cuando es un decorado con naves. Me gusta cuando la idea pesa, cuando el mundo imaginado tiene reglas y las reglas se respetan hasta el final.

La segunda es la astronomía. Me gusta porque no se puede discutir. Sobre casi todo se puede tener opinión, pero el cielo tiene números, y los números no negocian. Escribiendo este libro aprendí que la astronomía es, sobre todo, paciencia: mirar lo mismo muchas veces para poder decir una sola frase.

La tercera es la arqueología. Me gusta porque es el otro lado de lo mismo. El astrónomo mira hacia arriba y hacia adelante; el arqueólogo mira hacia abajo y hacia atrás. Los dos trabajan con fragmentos, y los dos tienen que aguantar no saber.

Juntas, las tres me parecen una mezcla fabulosa. La ciencia ficción pone el futuro, la astronomía pone la medida, la arqueología pone la memoria. Y cuando se sientan a la misma mesa aparece algo que ninguna hace sola. Está la posibilidad de que alguien, hace miles de años, haya escrito la misma pregunta que nosotros todavía no sabemos contestar.

Escribo para compartir historias y para dejar algo parecido a una enseñanza, aunque la palabra me quede grande. No pretendo enseñar nada que no se pueda aprender mirando el cielo con atención. Si algo

queda, me gustaría que quedara esto: las preguntas bien hechas duran más que las respuestas, y se pueden heredar.

Y escribo por otra razón, menos seria. Me gusta vivir en un futuro que podría ser posible y que podría no serlo. Es el único sitio donde me siento cómodo, como lector y como autor. Cuando una novela cierra todas las puertas, deja de ser un futuro y se vuelve un plano. Yo prefiero dejarlas abiertas.

Los datos del cielo que aparecen aquí son reales, y están puestos con cuidado. Lo que hice con ellos es invención. La novela no dice cuál de las dos lecturas es la buena, porque la realidad tampoco lo dice.

Lo que sigue es una historia sobre gente que mide y que anota. Es lo que hacemos los humanos cuando no entendemos algo y no queremos rendirnos.

Clark Castle

Capítulo 1 — La señal

El cielo no miente. Los adultos, sí.

Eso lo aprendió Antonia Vidal a los nueve años, en el valle de Elqui, cuando su abuelo le mostró la Cruz del Sur con el dedo. La Cruz no se movía. Los adultos, sí.

—¿Por qué ella no se mueve y tú sí? —preguntó ella.

—Porque la Cruz sabe dónde está —dijo el abuelo—. Yo todavía no.

Veinticinco años después, Antonia medía el cielo desde Cerro Pachón, a 2.682 metros. El aire de la cumbre es tan seco que la luz

de las estrellas llega entera, sin perderse en el camino; el telescopio no miraba: leía. Barriendo la noche en franjas de tres mil doscientos millones de píxeles, la cámara más grande del mundo copiaba el cielo como otros copian una tablilla.

Esa palabra — tablilla — se le quedó pegada sin que ella supiera por qué.

La sala de control olía a café recalentado y a ozono de los racks. A las dos de la mañana, el resto del turno dormía en las camas de la caseta. Antonia estaba sola frente a la pared de pantallas, donde la noche entraba por entregas: imágenes de quince segundos, una tras otra, en una cinta que no terminaba. Su trabajo era la resta; restar dos imágenes de la misma región, tomadas en noches distintas, y mirar lo que sobra. Lo que sobra es lo que se mueve.

Había pedido el turno de noche ella misma, y nadie le había preguntado por qué. La verdad era simple: de día, el observatorio estaba lleno de gente, y la gente hacía preguntas; de noche, el cielo era del que lo miraba. Antonia prefería las noches desde siempre, desde el valle. Ahí su abuelo le enseñó que la luz de una estrella llega vieja, y que mirar el cielo es leer la historia de antes. El cuello le dolía como le dolía siempre después de las restas largas, y el frío de la sala le subía por los brazos. El café se le enfriaba siempre a la mitad, y ella lo tomaba igual; no le importaba: la noche era larga, y la noche era suya.

Cristóbal entró con la taza y la dejó al lado del teclado sin derramar una gota. Era su manera de preguntar, y esa noche preguntó lo de siempre: Antonia le contestó que algo había, y que todavía no sabía qué. Cristóbal asintió como quien anota una deuda, y se fue; el sonido de sus zapatillas se perdió en el pasillo; Antonia

volvió a la resta.

El termo estaba a su izquierda, y el reloj de la pared marcaba los minutos con un tic que nadie oía de día. El dato llegó un martes de finales de mayo, a las 3:14 de la mañana. Llegó en la resta de dos imágenes de la misma región del cielo tomadas con cuarenta días de diferencia. Todo el resto de la noche estaba en su lugar; las estrellas, quietas; los asteroides, en sus rieles. Y en medio de la nada, a cuatrocientas cincuenta unidades astronómicas, algo se había movido.

Algo se movía.

Antonia dejó la taza; se inclinó hacia la pantalla. El ruido de la sala — el zumbido de los racks, el viento en el domo — se hizo más lejano. Era como si el mundo se hubiera corrido un paso para dejarle ver; acercó el cursor. El punto no se deshizo al acercarlo: eso era lo primero que hacían los fantasmas, deshacerse. El punto se quedó, redondo, quieto, esperando a que ella decidiera qué era.

Antonia amplió la imagen; lo miró; no era un artefacto de la cámara: era demasiado limpio para ser un error; era un punto. Un punto que no estaba donde debía estar.

—Buenos días —le dijo al punto.

El punto no respondió; los puntos nunca responden; pero Antonia sintió, con una certeza que no sabía de dónde venía, que el punto la había estado esperando.

Después vino el protocolo, que era su otra cara, la que no sentía nada; un rayo cósmico deja una firma; el punto no la tenía. Un satélite deja una estela; el punto no se arrastraba. Un asteroide del cinturón principal se mueve en rieles conocidos; el punto se movía a otra velocidad, a la velocidad de algo que estaba muy, muy lejos.

Antonia lo cruzó con los catálogos; no estaba; lo cruzó con los objetos transneptunianos conocidos; tampoco; no estaba en ninguna parte.

Tampoco estaba en las alertas del sondeo, y eso tenía explicación. Un objeto a esa distancia no se esconde por moverse poco: se esconde por moverse de la manera equivocada. El movimiento aparente, noche a noche, lo ponía la paralaje de la Tierra: siete segundos de arco por día. Entre una noche y la siguiente, decenas de píxeles; a lo largo de una sola noche, menos de un píxel. Ahí estaba el truco: dentro de la noche el punto parecía quieto. Los enlaces de trayectorias del sondeo estaban hechos para cuerpos que se arrastran segundos de arco por hora, y no lo tomaban por un objeto del sistema solar. Y de una noche a otra saltaba demasiado para que la resta lo tomara por una variable de siempre; lo disfrazó la soledad.

A magnitud veintiuno se veía, pero se veía solo: por debajo de lo que las alertas se atrevían a confirmar sin una segunda visita la misma noche. Eran los años en que el telescopio recién aprendía a mirar.

Los sondeos anteriores no llegaban tan hondo, y el nuevo, cuando llegó, miró hacia delante, no hacia atrás. Nadie vuelve a restar las noches viejas: el archivo las guarda, pero el archivo no avisa.

Nada.

Y el archivo tardó un minuto en responder. Un minuto de silencio, con el cursor girando, y Antonia contando las imágenes que iban llegando, una por una, como se cuentan los años.

Entonces Antonia hizo lo que hacen los pacientes: fue a buscarlo hacia atrás. El archivo del sondeo lo guardaba todo, desde la primera imagen: seis años de cielo, seis años de noches guardadas en discos. Antonia pidió la misma región, en las mismas coordenadas, y fue retrocediendo. Un año. Dos años. Tres.

Y ahí estaba; en doce imágenes, en noches distintas, en años distintos, el punto estaba; nadie lo había visto. Había cruzado los marcos del sondeo como quien cruza una sala llena de gente sin que nadie levante la vista. Doce veces había estado al alcance de la resta, y doce veces la resta había pasado de largo, porque nadie había restado esas noches.

El punto no se había movido de lugar: se había movido de año; llevaba tiempo ahí; llevaba tiempo esperando.

Seis años de movimiento eran una línea recta sobre el cielo, y una línea recta era una promesa: algo que viene de lejos y no se detiene. Antonia la miró, y por un momento el punto dejó de ser un punto: fue una trayectoria.

Y abrió la más vieja de las doce: la primera imagen del sondeo, del año uno, cuando el telescopio recién aprendía a mirar. El punto estaba ahí, más débil, más pequeño, pero estaba; seis años. El archivo era la memoria del cielo, y el punto era una palabra que había estado escrita todo ese tiempo en la página, esperando que alguien la leyera. La luz de esa noche había salido del punto hacía dos días y medio. La de la primera imagen, también: había salido dos días y medio antes de que la cámara la viera, seis años atrás. Ambas eran la misma luz: la luz de algo que cruzaba.

—Cristóbal —llamó. El operador asomó la cabeza desde la puerta.

—Encontré algo más —dijo Antonia.

Cristóbal se asomó a la pantalla, con las manos en los bolsillos; miró el punto; miró la lista de fechas.

—¿Eso es de hace tres años?

—Sí —dijo Antonia—. Estaba ahí. Nadie lo restó.

—¿Y nadie lo vio?

—Se ve cuando se resta —dijo Antonia—. Antes, no se ve.

Cristóbal se rascó la nuca, que era su manera de pensar, y dijo lo que diría cualquiera que hubiera pasado diez años mirando cielos:

—¿Qué tan lejos está?

—Cuatrocientos cincuenta —dijo Antonia—. Unidades astronómicas. O más.

—Eso no existe.

—Todavía no —dijo Antonia.

Cristóbal la miró un rato, con esa calma de los que han visto demasiado para asustarse. Dijo que los operadores viejos tenían un dicho: los puntos que no se mueven como los demás, vuelven; Antonia no le preguntó de dónde sacaba el dicho. Le dio las gracias.

El dicho se le quedó dando vueltas, como se quedan los dichos: los puntos que no se mueven como los demás, vuelven. Antonia no creía en dichos. Creía en números; pero los números y el dicho miraban en la misma dirección.

Antonia corrió la órbita aproximada con los doce puntos que tenía; doce posiciones no hacen una órbita entera, pero hacen más que una corazonada: hacen una dirección. La dirección dio el corredor de Batygin y Brown: entre cuatrocientas y ochocientas unidades astronómicas, la franja donde, si el Planeta Nueve existía, debía estar esperando. Ahí estaba el punto; en la franja; esperando;

seis años cruzando el archivo sin que nadie lo viera, a la espera de una resta.

Los datos no interpretan. Eso se lo había enseñado Saavedra el primer día, y ella se lo había creído durante años.

Los datos no interpretan: los datos esperan.

—Todavía no es nada —dijo Antonia en voz alta, para oírse.

Enseguida, más bajo, como quien corrige a un niño:

—Todavía.

Para confirmar necesitaba una observación nueva: una imagen tomada ahora, no hace años; el campo volvía a la cámara en tres noches. Antonia abrió el parte meteorológico, y el frente que venía del Pacífico le respondió con una línea de nubes sobre la cordillera. Afuera, el viento había cambiado de dirección y golpeaba el domo con otro sonido, el de las noches que se van a cerrar. Tres noches. Cuatro, a lo sumo, antes de que el cielo se cerrara. Si el cielo se cerraba, el punto seguía ahí, esperando — eso era lo terrible: el punto tenía todo el tiempo del mundo, y ella solo tenía cuatro noches.

—La ventana se cierra en cuatro noches —dijo Cristóbal, mirando el radar desde la puerta. Antonia ya lo sabía.

—¿Lo pides?

Antonia miró la cola de observaciones de la noche; el telescopio era del sondeo: seguía sus programas, noche tras noche, igual que siempre, y no conocía turnos individuales. Pedir una interrupción costaba: alguien perdía su tiempo, y el que pedía, debía; el precio tenía nombre y número de programa; el precio era suyo. El programa que interrumpía la ventana era el barrido de galaxias de la doctora Fuentes: su cielo, su programa, su año de trabajo. Antonia lo sabía

porque había estado en esa cola, y sabía lo que costaba esperar. Lo pidió igual, por la puerta del tiempo discrecional, y la puerta se abrió: mañana le tocaría a ella ceder la suya. Así se pagaban las deudas en la cola.

—Es mi turno —dijo Cristóbal—. Yo solo aprieto botones. Tú decides qué mira.

Antonia decidió; mandó la solicitud de observación de oportunidad a las 3:41, y con ella, el correo al equipo. El asunto era una sola palabra, como a ella le gustaban los asuntos: Señal. En el cuerpo, los números: las coordenadas, la magnitud, el movimiento, la lista de las doce fechas; nada más. Los números decían todo, y lo que no decían, lo diría la tercera imagen. Lo leyó dos veces, como siempre, porque un error en un correo se multiplica por cien cuando lo leen cien personas; lo envió.

El correo salió con el zumbido de siempre, y Antonia se quedó mirando la bandeja de enviados, donde el asunto — Señal — brillaba como una lucecita más. No era alivio lo que sentía; era otra cosa, más parecida a una cuenta regresiva.

Señal.

A las tres y cuarenta y cinco, Antonia llamó a Leonardo Rojas. Dormía en su casa de La Serena con el teléfono en el velador, como duermen los astrónomos que esperan una confirmación.

Antonia le dijo la hora y le dijo lo único que importaba: que no era un asteroide. Del otro lado hubo un silencio que no era de sueño, el de alguien que se sienta en la cama, y después Leonardo preguntó cuál era el plan.

—Confirmar —dijo Antonia—. Después, pensar.

—¿Y si es un asteroide del cinturón exterior?

—Entonces será un asteroide del cinturón exterior —dijo Antonia—. Y habré perdido una noche de sueño.

—No vas a dormir igual —dijo Leonardo, y Antonia no lo negó.

Colgaron sin despedirse, como cuelgan los que se van a volver a llamar; Antonia volvió a la pantalla, y el punto seguía ahí, en la franja, esperando. La sala ya no estaba tan silenciosa: ahora tenía un futuro; diez minutos después, el teléfono sonó otra vez.

Diez minutos después sonó otra vez, y era Leonardo, que ya no iba a dormir. «Todavía no es nada», dijo Antonia. «Todavía no», repitió él.

Y esa noche, en la cumbre, con la Vía Láctea colgando sobre el domo como polvo de arcilla rota, algo la había encontrado a ella. Algo que llevaba cinco mil años buscándola; Antonia siguió mirando la pantalla sin saberlo.

El cielo no se apura, pensó. Los que lo miran, sí.

Antonia no bajó a dormir. Se quedó en la sala hasta el amanecer, mirando la misma resta, repasando los mismos números, porque los números no cambian y aun así uno los repasa. El punto seguía; tres noches, pensó; un frente; una deuda con la doctora Fuentes; y un punto que no se iba. A las cinco, el cielo se aclaró sobre el Pacífico, y la cúpula se cerró con un rumor de animal satisfecho; Antonia apagó la pantalla. El punto quedó adentro, esperando la tercera imagen.

El Sol salió detrás de los Andes como salía siempre, sin preguntar si alguien lo había esperado. Antonia se quedó un rato en la escalinata de la caseta, con el café frío en la mano, mirando el valle abajo, el valle de su infancia. Allí su abuelo le había enseñado que la luz llega vieja; la luz de esa noche llegaría a alguien, algún

día, vieja también. Eso era lo que hacía con el cielo: lo pasaba.

El cruce no es un lugar; el cruce es un momento; y el momento, esa noche, tenía un punto de luz.

El libro completo

El Cruce sigue en el libro: 47 capítulos y cuatro interludios, unas 100.000 palabras.

Compra el EPUB y el PDF juntos:

<https://payhip.com/b/riuqI>

<https://www.clark-castle.com>

Clark Castle · <https://www.clark-castle.com>